



## INGREDIENTES:

- 1/4 de carne molida de res*
- 1/4 de carne molida de puerco*
- 200 gramos de nueces
- 200 gramos de almendras
- 1 cebolla
- 1 acitrón
- 2 jitomates
- azúcar
- 1/4 de crema*
- 1/4 de queso manchego*
- 1/4 de mole*
- comino
- caldo de pollo
- tortillas de maíz
- aceite

## MANERA DE HACERSE:

La cebolla se pica finamente y se pone a freír junto con la carne en un poco de aceite. Mientras se fríe, se le agrega el comino molido y una cucharada de azúcar.

Como de costumbre, Tita lloraba mientras picaba la cebolla. Tenía la vista tan nublada que sin darse cuenta se cortó un dedo con el cuchillo. Lanzó un grito de rabia y prosiguió como si nada con la preparación del champandongo. En estos momentos no se podía dar ni siquiera un segundo para atenderse la herida. Hoy por la noche vendría John a pedir su mano y tenía que prepararle una buena cena en tan solo media hora. A Tita no le gustaba cocinar con premura.

Siempre le daba a los alimentos el tiempo adecuado y preciso para su cocimiento y procuraba organizar sus actividades de tal manera que le dieran la tranquilidad que se necesita en la cocina para poder preparar platillos su-

culentos y en su punto exacto. Ahora estaba tan atrasada que sus movimientos eran agitados y apremiantes y por lo tanto propensos a provocar este tipo de accidentes.

El principal motivo de su atraso era su adorable sobrina, que había nacido tres meses antes, al igual que Tita, de una manera prematura. A Rosaura le afectó tanto la muerte de su madre que anticipó el alumbramiento de su hija y quedó imposibilitada para amamantarla. En esta ocasión Tita no pudo o no quiso adoptar el papel de nodriza como en el caso de su sobrino, es más, ni siquiera lo intentó, tal vez por la experiencia demoledora que tuvo cuando la separaron del niño. Ahora sabía que no había que establecer relaciones tan intensas con niños que no eran propios.

Preñó en cambio proporcionarle a Esperanza la misma alimentación que Nacha había utilizado con ella cuando era una indefensa criatura: atoles y tés.

La bautizaron con el nombre de Esperanza a petición de Tita. Pedro había insistido en que la niña llevara el mismo nombre de Tita, Josefita. Pero ella se negó terminantemente. No quería que el nombre influyera en el destino de la niña. Bastante tenía ya con el hecho de que al haber nacido, su madre tuviera una serie de alteraciones que obligaron a John a practicarle una operación de urgencia para salvarle la vida, y quedara imposibilitada para volverse a embarazar.

John le había explicado a Tita que algunas veces, por causas anormales, la placenta no sólo se implanta en el útero, sino que echa raíces dentro del mismo, por tanto, al momento en que el niño nace la placenta no puede

desprenderse. Está tan firmemente afianzada que si una persona inexperta trata de ayudar a la madre y jala la placenta utilizando el cordón umbilical, se trae junto con ella al útero completo. Entonces hay que operar de emergencia, extrayendo el útero y dejando a esta persona incapaciada para embarazarse por el resto de su vida.

Rosaura fue intervenida quirúrgicamente, no por falta de experiencia de John, sino porque no había de otra para poder desprenderle la placenta. Por tanto Esperanza sería su única hija, la más pequeña y, para acabarla de amolar, ¡mujer! Lo cual, dentro de la tradición familiar significaba que era la indicada para cuidar a su madre hasta el fin de sus días. Tal vez Esperanza echó raíces en el vientre de su madre porque sabía de antemano lo que le esperaba en este mundo. Tita rezaba para que por la mente de Rosaura no se cruzara la idea de perpetuar la cruel tradición.

Para ayudar a que así fuera, no quiso darle ideas con el nombre y presionó día y noche hasta lograr que la llamaran Esperanza.

Sin embargo había una serie de coincidencias que asociaban a esta niña con un destino parecido al de Tita, por ejemplo, por mera necesidad pasaba la mayor parte del día en la cocina, pues su madre no la podía atender y su tía sólo le podía procurar esmero dentro de la cocina, así que con tés y atoles crecía de lo más sana entre los olores y los sabores de este paradisíaco y cálido lugar.

A la que no le caía muy bien que digamos esta costumbre era a Rosaura, sentía que Tita le quitaba a la niña por demasiado tiempo de su lado y en cuanto se recuperó por completo de la operación pidió que inmediatamente des-

pues de que Esperanza tomara sus alimentos la regresaran a su cuarto para dormir la junto a su cama, donde era su lugar. Esta disposición llegó demasiado tarde, pues la niña para ese entonces ya se había acostumbrado a estar en la cocina y no fue tan fácil sacarla de ella. Lloraba muchísimo en cuanto sentía que se alejaba del calor de la estufa, al grado que lo que Tita tenía que hacer era llevarse a la recámara el guisado que estuviera cocinando, para así lograr engañar a la niña, que al oler y sentir de cerca el calor de la olla en la que Tita cocinaba conciliaba el sueño. Tita regresaba entonces la enorme olla a la cocina y proseguía con la elaboración de la comida.

Pero el día de hoy la niña se había lucido, es muy probable que presintiera que su tía pensaba casarse e irse del rancho, y que entonces ella iba a quedar a la deriva, pues no dejó de llorar en todo el día. Tita subía y bajaba las escaleras llevando ollas con comida de un lado a otro. Hasta que pasó lo que tenía que pasar: *tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe*. Cuando bajaba por octava ocasión tropezó y la olla con el mole para el champandongo rodó escaleras abajo. Junto con ella se desperdigaron cuatro horas de intenso trabajo picando y moliendo ingredientes.

Tita se sentó en un escalón con la cabeza entre las manos para tomar aire. Se había levantado desde las cinco de la mañana para que las carreras no se apoderaran de ella y todo había sido en vano. Ahora tenía que preparar nuevamente el mole.

Pedro no podía haber elegido peor momento para hablar con Tita, pero aprovechando que la encontró en las

escaleras, aparentemente tomando un descanso, se le acercó con la intención de convencerla de que no se casara con John.

—Tita, quisiera decirle que considero un lamentable error de su parte la idea que tiene de casarse con John. Aún está a tiempo de no cometer esa equivocación, ¡no acepte ese matrimonio por favor!

—Pedro, usted no es nadie para decirme lo que tengo que hacer, o no. Cuando usted se casó yo no le pedí que no lo hiciera, a pesar de que esa boda me destrozó. Usted hizo su vida, ¡ahora déjeme hacer la mía en paz!

—Precisamente por esa decisión que tomé y de la cual estoy completamente arrepentido, le pido que recapacite. Usted sabe muy bien cuál fue el motivo que me unió a su hermana, pero resultó un acto inútil que no funcionó, ahora pienso que lo mejor hubiera sido huir con usted.

—Pues lo piensa demasiado tarde. Ahora ya no hay remedio. Y le suplico que nunca más en la vida me vuelva a molestar, ni se atreva a repetir lo que me acaba de decir, mi hermana lo podría escuchar y no tiene por qué haber otra persona infeliz en esta casa. ¡Con permiso! . . . Ah, y le sugiero que para la próxima vez que se enamore, ¡no sea tan cobarde!

Tita, tomando la olla con furia, se encaminó hacia la cocina. Terminó el mole entre masculleos y aventones de trastes y mientras éste se cocía siguió con la preparación del champandongo.

Cuando la carne se empieza a dorar, se le agregan el jitomate picado junto con el acitrón, las nueces y las almendras partidas en trozos pequeños.

El calor del vapor de la olla se confundía con el que se desprendía del cuerpo de Tita. El enojo que sentía por dentro actuaba como la levadura con la masa del pan. Lo sentía crecer atropelladamente, inundando hasta el último resquicio que su cuerpo podía contener y como levadura en un traste diminuto, se desbordaba hacia el exterior, saliendo en forma de vapor por los oídos, la nariz y todos los poros de su cuerpo.

Este desmesurado enojo era causado en una mínima parte por la discusión con Pedro, en otra parte por los incidentes y el trabajo de la cocina y en una gran parte por las palabras que Rosaura había pronunciado unos días antes. Estraban reunidos en la recámara de su hermana, Tita, John y Alex. John había llevado a su hijo a la visita médica, pues el niño extrañaba mucho la presencia de Tita en su casa y la quería ver nuevamente. El niño se asomó a la cuna para conocer a Esperanza y quedó muy impresionado con la belleza de la niña. Y como todos los niños de esa edad que no se andan con tapujos, dijo en voz alta:

—Oye papi, yo quiero casarme también, así como tú. Pero yo con esta niña.

Todos rieron por la graciosa ocurrencia pero cuando Rosaura le explicó a Alex que eso no podía ser pues esa niña estaba destinada a cuidarla hasta el día de su muerte, Tita sintió que los cabellos se le erizaban. Sólo a Rosaura se le podía ocurrir semejante horror, perpetuar una tradición por demás inhumana.

¡Ojalá que a Rosaura la boca se le hiciera chicharrón! Y que nunca hubiera dejado escapar esas repugnantes, ma-

lolientes, incoherentes, pestilentes, indecentes y repelentes palabras. Más valía que se las hubiera tragado y guardado en el fondo de sus entrañas hasta que se le pudrieran y agusanaran. Y ojalá que ella viviera lo suficiente como para impedir que su hermana llevara a cabo tan nefastas intenciones.

En fin, no sabía por qué tenía que pensar en esas cosas tan desagradables en estos momentos que deberían ser para ella los más felices de su vida, ni sabía por qué estaba tan molesta. Tal vez Pedro la había contagiado de su mal humor. Desde que regresaron al rancho y se enteró que Tita se pensaba casar con John andaba de un humor de los mil demonios. Ni siquiera se le podía dirigir la palabra. Procuraba salirse muy temprano y recorrer el rancho a galope en su caballo. Regresaba por la noche justo a tiempo para la cena y se encerraba en su recámara inmediatamente después.

Nadie se explicaba este comportamiento, algunos creían que era porque le había afectado profundamente la idea de no volver a tener más hijos. Por lo que fuera, pero tal parecía que la ira dominaba los pensamientos y las acciones de todos en la casa. Tita literalmente estaba «como agua para chocolate». Se sentía de lo más irritable. Hasta el canturreo tan querido de las palomas, que ya se habían reinstalado en el techo de la casa y que el día de su regreso le había proporcionado tanto placer, en este momento la molestaba. Sentía que la cabeza le iba a estallar como roseta de maíz. Tratando de impedirlo se la apretó fuertemente con las dos manos. Un tímido golpe que sintió en el hombro la hizo reaccionar sobresalada, con ganas de

golpear a quien fuera el que lo hizo, que de seguro venía a quitarle más el tiempo. Pero cuál no sería su sorpresa al ver a Chencha frente a ella. La misma Chencha de siempre, sonriente y feliz. Nunca en la vida le había dado tanto gusto verla, ni siquiera cuando la había visitado en casa de John. Como siempre Chencha llegaba caída del cielo, en el momento en que Tita más lo necesitaba.

Era asombroso observar lo repuesta que se encontraba Chencha, después de haberla visto irse en el estado de angustia y desesperación en que lo hizo.

Ni rastro quedaba del trauma que había sufrido. El hombre que había logrado borrarlo estaba a su lado, luciendo una sincera y amplia sonrisa. A leguas se veía que se trataba de un hombre honrado y callado, bueno, eso quién sabe, porque lo que pasaba era que Chencha no le permitió abrir la boca más que para decirle a Tita: «Jesús Martínez para servirle a usted». Después Chencha, como siempre, acaparó por completo la plática y rompiendo récord de velocidad, en sólo dos minutos logró poner a Tita al día en los acontecimientos de su vida:

Jesús había sido su primer novio y nunca la había olvidado. Los papás de Chencha se habían opuesto terminantemente a esos amores y de no haber sido porque Chencha regresó a su pueblo y él la volvió a ver nunca hubiera sabido dónde buscarla. Por supuesto no le importó que Chencha no fuera virgen y se casó inmediatamente con ella. Regresaban juntos al rancho con la idea de empezar una nueva vida ahora que Mamá Elena había muerto, y pensaban tener muchos hijos y ser muy felices por los siglos de los siglos...

Chencha se detuvo para tomar aire pues se estaba poniendo morada y Tita aprovechó la interrupción para decirle, no tan rápido, como ella, pero casi, que estaba encantada de su regreso al rancho, que mañana hablarían de la contratación de Jesús, que hoy venían a pedir su mano, que pronto se casaría, que aún no terminaba la cena y le pidió que ella la hiciera para poderse dar un caliente baño de agua helada y de esta manera estar presentable cuando John llegara, que sería de un momento a otro.

Chencha prácticamente la echó de la cocina y de inmediato tomó el mando. El champandongo lo podía hacer, según ella, con los ojos tapados y las manos amarradas.

Cuando la carne ya está cocida y seca, lo que procede es freír las tortillas en aceite, no mucho para que no se endurezcan. Después, en el traste que vamos a meter al horno se pone primero una capa de crema para que no se pegue el platillo, encima una capa de tortillas, sobre ellas una capa de picadillo y por último el mole, cubriéndolo con el queso en rebanadas, y la crema. Se repite esta operación cuantas veces sea necesario hasta rellenar el molde. Se mete al horno y se saca cuando el queso ya se derritió y las tortillas se ablandaron. Se sirve acompañado de arroz y frijoles.

Qué tranquilidad le daba a Tita saber que Chencha estaba en la cocina. Ahora sólo se tenía que preocupar por su arreglo personal. Cruzó el patio como ráfaga de viento y se metió a bañar. Contaba con tan solo 10 minutos, para bañarse, vestirse, perfumarse y peinarse adecuadamente.

mente. Tenía tal apuro que ni siquiera vio a Pedro, en el otro extremo del patio trasero, pateando piedras.

Tita se despojó de sus ropas, se metió a la regadera y dejó que el agua fría cayera sobre su cabeza. ¡Qué alivio sentía! Con los ojos cerrados las sensaciones se agudizan, podía percibir cada gota de agua fría recorriéndole el cuerpo. Sentía los pezones de sus senos ponerse duros como piedras al contacto con el agua. Otro hilo de agua bajaba por su espalda y después caía como cascada en la curva de sus redondos y protuberantes glúteos, recorriendo sus firmes piernas hasta los pies. Poco a poco se le fue pasando el mal humor, y el dolor de cabeza desapareció. De pronto empezó a sentir que el agua se entibiaba y se ponía cada vez más caliente hasta empezar a quemarle la piel. Esto pasaba algunas veces en época de calor cuando el agua del tinaco había sido calentada todo el día por los poderosos rayos del sol, pero no ahora que en primera era verano y en segunda empezaba a anochecer. Alarmada abrió sus ojos, temerosa de que nuevamente se fuera a incendiar el cuarto de baño, y lo que descubrió fue la figura de Pedro del otro lado de los tablones, observándola detenidamente.

Los ojos de Pedro brillaban de una manera que era imposible no descubrirlos en la penumbra, así como dos insignificantes gotas de rocío no podían pasar inadvertidas escondidas entre la maleza, al recibir los primeros rayos del sol. ¡Maldita mirada de Pedro! ¡Y maldito carpintero que había reconstruido el cuarto de baño exactamente igual al anterior o sea con separaciones entre uno y otro tablón! Cuando vio que Pedro se acercaba a ella, con libi-

dosas intenciones en los ojos, salió corriendo del cuarto vistiéndose atropelladamente. Con gran apuro llegó a su recámara y se encerró.

Apenas le dio tiempo de terminar con su arreglo, cuando Chencha le fue a anunciar que John acababa de llegar y la esperaba en la sala.

No pudo acudir de inmediato a recibirlos, pues aún le faltaba poner la mesa. Antes de poner el mantel hay que cubrir la mesa con un tapete, para evitar el ruido que hacen las copas y vajilla al chocar contra la misma. Tiene que ser bayeta blanca para así realzar la blancura del mantel. Tita lo deslizaba suavemente sobre la enorme mesa para veinte personas, que sólo usaban en ocasiones como ésta. Trataba de no hacer ruido, ni siquiera al respirar para escuchar el contenido de la plática que sostenían en la sala Rosaura, Pedro y John. La sala y el comedor estaban separados por un largo pasillo, así que sólo llegaba a los oídos de Tita el murmullo de las varoniles voces de Pedro y John, sin embargo alcanzaba a percibir en ellas cierto tono de discusión. Antes de esperar que las cosas llegaran a mayores, colocó rápidamente en el orden debido los platos, los cubiertos de plata, las copas, los saleros y los portacuchillos. Enseguida puso las bujías bajo los calentadores para los platos principales, entrada e intermedio y los dejó listos sobre el aparador. Corrió a la cocina por el vino de Burdeos que había dejado en baño María. Los vinos de Burdeos se sacan de la bodega con varias horas de anticipación y se ponen en un lugar caliente para que un suave calor desarrolle su aroma, pero como a Tita se le había olvidado sacarlo a tiempo forzó el

procedimiento artificialmente. Lo único que le faltaba era poner en el centro de la mesa una canastilla de bronce dorado con las flores, pero como éstas se deben conservar unos momentos antes de pasar a la mesa para que conserven su frescura natural, encargó a Chencha este trabajo, y, apresuradamente, tanto como su almidonado vestido se lo permitía, se dirigió a la sala.

La primera escena que presencié al abrir la puerta fue la acalorada discusión entre Pedro y John sobre la situación política del país. Parecía que los dos habían olvidado las más elementales reglas de urbanidad, que dicen que en una reunión social no hay que sacar a colación cuestiones sobre personalidades, sobre temas tristes o hechos infortunados, sobre religión o sobre política. La entrada de Tita suspendió la discusión y los forzó a tratar de reiniciar la plática en un tono más amigable.

En un ambiente tenso, John dio paso a la petición de mano. Pedro, como el hombre de la casa, dio su aprobación de una manera hosca. Y se empezaron a establecer los detalles de la misma. Cuando trataban de fijar la fecha de la boda, Tita se enteró de los deseos de John de posponerla un poco para así poder viajar al norte de Estados Unidos a traer a la única tía que le quedaba y que quería que estuviera presente en la ceremonia. Esto representaba un grave problema para Tita: ella deseaba irse lo más pronto posible del rancho y de la cercanía de Pedro.

El compromiso quedó formalizado cuando John le hizo entrega a Tita de un hermoso anillo de brillantes. Tita observó largamente cómo lucía en su mano. Los destellos

que se desprendían de él, la hicieron recordar el fulgor en los ojos de Pedro momentos antes, cuando la miraba desnuda, y vino a su mente un poema otomí que Nacha le había enseñado de niña:

*«En la gota de rocío brilla el sol*

*la gota de rocío se seca*

*en mis ojos, los míos, brillas tú*

*yo, yo vivo . . .»*

Rosaura se enterneció al ver en los ojos de su hermana lágrimas que ella interpretó como de felicidad y se sintió un poco aliviada de la culpa que algunas veces la atormentaba por haberse casado con el novio de Tita. Entonces, muy entusiasmada, les repartió a todos copas con champaña y los invitó a brindar por la felicidad de los novios. Al hacerlo, los cuatro reunidos en el centro de la sala, Pedro golpeó su copa con la de los demás con tal fuerza que la rompió en mil pedazos y el líquido de las otras los salpicó en el rostro y la ropa.

Entre el desconcierto reinante fue una bendición que en ese momento Chencha apareciera y pronunciara las mágicas palabras de: «la cena está servida». Este anuncio les proporcionó a los presentes la serenidad y el espíritu que el momento ameritaba y que estuvieron a punto de perder. Cuando se habla de comer, hecho por demás importante, sólo los necios o los enfermos no le dan el interés que merece. Y como éste no era el caso, mostrando buen humor todos se dirigieron al comedor.

Durante la cena todo fue más fácil, gracias a las gracioso-

sas intervenciones de Chenchá mientras servía. La comida no fue tan deleitosa como en otras ocasiones, tal vez porque el mal humor acompañó a Tita mientras la preparaba, pero no se podía decir tampoco que estuviera desagradable. El champandongo es un platillo de un sabor tan refinado que ningún mal temperamento puede ponerse a su altura y alterarle el gusto. Al terminar, Tita acompañó a John a la puerta y ahí se dieron un largo beso como despedida. Al día siguiente John pensaba salir de viaje, para estar de vuelta lo más pronto posible.

De regreso en la cocina, Tita mandó a Chenchá a limpiar la habitación y el colchón donde desde ahora viviría con Jesús su esposo, no sin antes agradecerle su gran ayuda. Era necesario que antes de meterse en la cama se cercioraran que no se iban a encontrar con la indeseable presencia de chinches en el cuarto. La última sirvienta que durmió ahí la había dejado infestada de estos animales y Tita no lo había podido desinfectar por el intenso trabajo que se le había venido encima con el nacimiento de la niña de Rosaura.

El mejor método para erradicarlas es mezclar un vaso de espíritu de vino, media onza de esencia de trementina y media de alcanfor en polvo. Esta preparación se unta en los sitios donde hay chinches y las hace desaparecer por completo.

Tita, después de recoger la cocina, empezó a guardar trastes y ollas en su lugar. Aún no tenía sueño y mejor aprovechaba el tiempo en eso que dando vueltas en la cama. Experimentaba una serie de sentimientos encontrados y la mejor manera de ordenarlos dentro de su ca-

beza era poniendo primero en orden la cocina. Tomó una gran cazuela de barro y la llevó a guardar al ahora cuarto de los triques, antes cuarto obscuro. A la muerte de Mamá Elena vieron que ya nadie lo pensaba utilizar como lugar para bañarse, pues todos preferían hacerlo en la regadera, y tratando de darle alguna utilidad lo convirtieron en el cuarto de los trebejos.

En una mano llevaba la cazuela y en la otra un quinqué. Entró al cuarto cuidando de no tropezar con la gran cantidad de objetos que estaban en el camino del sitio donde se guardaban las ollas de cocina que no se utilizaban frecuentemente. La luz del quinqué le ayudaba bastante, pero no lo suficiente como para alumbrarle las espaldas por donde silenciosamente se deslizó una sombra y cerró la puerta del cuarto.

Al sentir una presencia extraña, Tiro giró sobre sí misma y la luz delineó claramente la figura de Pedro poniendo una tranca en la puerta.

—¡Pedro! ¿Qué hace aquí?

Pedro, sin responderle, se acercó a ella, apagó la luz del quinqué, la jaló hacia donde estaba la cama de latón que alguna vez perteneció a Gertrudis su hermana y tirándola sobre ella, la hizo perder su virginidad y conocer el verdadero amor.

Rosaura, en su recámara, trataba de dormir a su hija que lloraba desenfrenadamente. La pasaba por todo el cuarto, sin ningún resultado. Al cruzar por la ventana vio salir del cuarto obscuro un resplandor extraño. Volutas fosforescentes se elevaban hacia el cielo como delicadas luces de bengala. Por más gritos de alarma que dio lla-

mando a Tita y a Pedro para que lo observaran, no tuvo respuesta más que de Chencha, que había ido a buscar un juego de sábanas. Al presenciar el singular fenómeno, Chencha por primera vez en su vida enmudeció de sorpresa, ni un solo sonido escapaba de sus labios. Hasta Esperanza, que no perdía detalle, dejó de llorar: Chencha se arrodilló y persignándose se puso a orar.

—¡Virgen Santísima que 'stás en los cielos, recoge el alma de mi señora Elena pa' que deje de vagar en las tiéblas del pulgatorio!

—¿Qué dices Chencha, de qué hablas?

—¡Po's de qué'a de ser, no ve que se trata del fantasma de la dijunta! ¡La probe algo'a de andar pagando! ¡Yo por si las dudas ni de chiste me guelgo a' cercar por a'í!

—Ni yo.

¡Si la pobre Mamá Elena supiera que aún después de muerta su presencia seguía causando temor y que ese miedo a encontrarse con ella les proporcionaba a Tita y a Pedro la oportunidad ideal para profanar impunemente su lugar preferido, al revolcarse voluptuosamente sobre la cama de Gertrudis, se volvería a morir cien veces!

CONTINUARÁ . . .

Siguiente receta:

*Chocolate y Rosca de Reyes*